

HONRA CUENCANA.

De una de las interesantes *cartas* que nuestro afamado poeta y escritor Don Juan León Mera suele enviar á " Las Novedades " de Nueva York, compiamos los dos párrafos siguientes, sobremanera honrosos para un hijo de nuestro país, el ya célebre Padre Fray *José María Aguirre*, cuyas singulares dotes oratorias son objeto de aplauso y admiración para el culto auditorio de la capital. No importa que el Sor. Mera dé la primacía, en cuanto á la forma, al inolvidable Padre *Salcedo*, que realmente asombraba á cuantos le oían, por la gala de su expresión oral y mímica: porque, á pesar de esta circunstancia, sale ganando inmensamente, en cuanto al fondo, el orador cuencano, joven aún y grande esperanza, por lo mismo, de la oratoria sagrada en el Ecuador.

He aquí los párrafos á que nos referimos.

Quito, Octubre 18 de 1890.

.....
A falta de noticias políticas y administrativas que llamen la atención, vamos á las religiosas.- Acaba de celebrarse un triduo en la catedral de este arzobispado, con ocasión del segundo centenario de la muerte de Margarita María de Alacoque, fundadora del culto al Sagrado Corazón de Jesús, Patrono de la República. Las fiestas han sido suntuosas, como son casi todas las fiestas religiosas en Quito, pueblo esencialmente católico y piadoso. Comenzaron el día 14, y en las distribuciones de las tardes han predicado los más acreditados oradores sagrados que tenemos ahora por aquí: el P. Naranjo, dominico, y los PP. Jesuitas Proaño y Faura. Este es español y muy joven aún. El día de la fiesta, esto es, ayer, predicó el justamente afamado P. Aguirre, de la religión de San Diego. La concurrencia ha sido muy numerosa todos los días; pero fué tal la que acudió á oír al P. Aguirre, que sólo el deleite de escucharle hizo que no nos aburriésemos, al vernos como en prensa, sin podernos mover y sudando la gota gorda. Y con todo, lo menos las dos terceras partes de los que ansiaban oír á tan eximio orador, tuvieron que quedarse fuera del templo, que no tenía cabida para tan extraordinario concurso. Felizmente lo más selecto de la sociedad quiteña había logrado tomar sus puestos desde muy temprano. Allí se hallaban el Presidente de la República y otros muchos personajes distinguidos.

Después vinieron los comentarios. Yo no he oído ninguno que no fuera favorable; pero, cuando de modo incondicional se ha puesto al P. Aguirre sobre él, por desgracia, ya difunto Padre Salcedo, mi opinión ha diferido. El padre Aguirre es, como el padre Salcedo, dignísimo representante de la oratoria sagrada en el Ecuador; tiene más instrucción que su antecesor el célebre agustino (lo fué el P. Salcedo); maneja mejor la lengua; su unción es mucho más atractiva; aplica

mejor su erudición á los puntos que desea realzar con ella, y sobre todo, el aliciente de su austera virtud obra de manera poderosa en el auditorio. Pero Salcedo posefa tal conjunto armónico y magnífico de dotes oratorias, que difícilmente volverá á hallarse en otro predicador, á lo menos entre nosotros. Menos metódico en el plan, menos erudito, menos profundo que el P. Aguirre, mucho menos teólogo y muchísimo menos místico, arrebatava, sin embargo, á su auditorio, con el lenguaje florido, con los períodos rotundos, con frases ardientes, con pensamientos oportunos y felicísimos, con una inimitable mímica, con la voz vibrante y armoniosa, con la magia, en fin, que animaba todos los discursos, hasta el punto de predicar tres horas y aun más, y hacer creer á sus oyentes que no había estado hablando sino media hora

Está muy bien decimos nosotros: suficientes son para gloria de nuestro país las dotes con cuya enumeración realza el Señor Mera al notable orador cuencano. Bastaba que el auditorio lo hubiese levantado á hombrar con el insigne Padre Salcedo, para que nos gloriásemos de ver en altura tan envidiable á un hijo del Azuay, no indigno sucer del inmortal Solano.

Luis Cordero.